

### **Había una vez...**

Era la hora de dormir y Laricha, que se había quedado esa noche en casa de sus abuelos, no tenía sueño.

–Abuelita, cuéntame un cuento.

–¿Un cuento muy bonito?

–¡El más bonito que conozcas!

–Si te lo cuento, ¿te dormirás pronto?

–Sí, abuelita, te lo prometo.

–De acuerdo... Había una vez una princesa muy hermosa...

–¡Ah, sí! –contestó Laricha, muy complacida– ¡La princesa guerrera!

La abuelita se sorprendió un poco.

–No, cariño, ese no es el cuento que yo me sé... Yo no creo que las princesas vayan a la guerra. Sólo van los príncipes...

Como la nietecita no quería discutir, hizo gestos a su abuela para que continuara.

–Pues bien –siguió la abuelita simulando con la voz inflexiones de misterio–, había una vez una princesa muy hermosa que vivía en un palacio de cristal adornado por un maravilloso jardín, con un lago lleno de cisnes, y rodeado de un bosque encantado. La princesita dormía en una cama de oro con sábanas de seda, y todos los días un centenar de sirvientas la peinaban con un peine de plata y la vestían con sus trajes bordados... ¿A que a ti también te hubiera gustado vivir en ese palacio?

–No sé, abuela. Depende... La princesa, ¿a qué jugaba? –preguntó bostezando– ¿Se escondía en el jardín? ¿Perseguía a los cisnes? ¿Se subía a los árboles?

–No, cariño, no –contestó la abuela riendo–. La princesita no jugaba a esas cosas... ¡Hubiera podido manchar o romper sus vestidos!

–¡Ah! Entonces, se divertiría con el centenar de sirvientas... Con tanta gente, siempre habría alguien para jugar al escondite o a la goma o al tejo, o para nadar en el lago o salir al bosque a explorar...

–No, cariño, no... A la princesa no le estaba permitido jugar con las sirvientas... Simplemente, permanecía en su hermoso palacio esperando a su príncipe... ¡El príncipe azul! –y añadió emocionándose:– ¡Iba a venir a buscarla en un caballo encantado! ¡En el cinto, la espada, y en la mano, un azor!

–¿Y por qué lo esperaba? –preguntó Laricha, un poco aburrida de que en ese cuento no pasase nada.

–Bueno, las princesas... –la abuela intentó ganar tiempo hasta encontrar una explicación razonable a esa extraña pregunta– las princesas siempre esperan a un príncipe... ¡El cuento es así!

–Vale, abuela, es cuento es así... –resignándose, Laricha procuró ser paciente con el particular relato de la abuela– Pero... ¿por qué esperaba al príncipe? ¿Le traía algún juguete? ¿Alguna videoconsola? ¿Una espada?

–No, no... Algo mucho mejor... ¡Venía a casarse con ella!

–¿A casarse? ¡Qué raro! –esta vez la niña quedó absolutamente sorprendida, pero sabía que discutiendo con la abuela el cuento no podría mejorar.

–Pasaban los días y, como el príncipe no llegaba, la pobre princesita languidecía de pena...

–Sí, qué pena...Pero, en vez de tanto esperar, ¿por qué no salió ella a buscarlo? –interrumpió Laricha, llena de razón– Si, por lo que fuera, no consiguió llamar por teléfono, la princesita podía montar en un cisne y escapar del palacio, o salir hacia el bosque...

–No, no, no... El cuento no dice eso... –la abuela, ahora ya bastante impaciente, intentó retomar el espíritu de su melancólico relato– La princesita lloraba, lloraba, porque el príncipe azul aún no había encontrado el camino...

Laricha ya no pudo aguantar la risa.

–¡Qué princesa más tonta! ¡Llorar por esa payasada! Además... ¡yo nunca me casaría con un príncipe tan lelo!

Aquello fue demasiado para la abuelita, que se levantó indignada por el poco éxito de su relato. Las niñas de ahora no tenían sensibilidad, ni podían comprender la poesía de los cuentos antiguos. Sería por culpa de la educación, o por culpa de la televisión, o por culpa de internet y los ordenadores... Las niñas de ahora no sabían lo que querían. Seguramente ¡ni siquiera querían ser princesas! La abuelita, fracasada en su intento de embaucar a la niña con historias al parecer pasadas de moda, se dispuso a salir de la habitación.

–Abuelita –la llamó Laricha, medio dormida– ¿No me das un beso?

–Sí, tesoro, sí –se enterneció la abuela–. ¿Ya no quieres el cuento?

–Ya no, abuelita... Mañana me cuentas otro... –y añadió mientras se dormía– Pero que no sea de princesas... Que sea de zombis, o de Narnia, o de Lara Croft... algo que no sea tan increíble...